

Mística

Mirada al frente, iris verdes aupados hacia las alturas. Allí delante está él: el Santísimo Cristo de Medinaceli, madrileño del centro que abre las puertas de su casa cada viernes, para todas las que quieran ir a besarle los pies. No oculta sus *kinks* esta estatua. Su corazón es de madera y le gusta vestir fantasías de terciopelos con bordados en hilo de oro.

Del verdor de los ojos que miran, como reclamadas por los barnices aceitunos de la santa faz, las lágrimas de Jeanette acuden a añadir peso a la escena. Ya lo hacían por costumbre. A fuerza de ser necesarias en tales ritos, se había desarrollado un mecanismo automático por el cual, en el momento en que su rodilla derecha rozaba el reclinatorio, sendos torrentes de agua con sal eran vertidos con un exabrupto por sus glándulas lacrimales.

Sin embargo, hubo tiempos en que no fue así, en que el llanto venía dado por motivos diversos y aislados. Pero venía, siempre venía. No significa ello necesariamente que aquellos tiempos fueran peores, más bien al contrario: las lágrimas que no eran arrastradas por la inercia de lo ya aprehendido, implicaban que el cuerpo aún tenía energía para albergar esperanzas de cambio. Ahora, por el contrario, ya todo era dictado por la certidumbre de que no merecía la pena seguir intentándolo.

Las manos entrelazadas sosteniendo su barbilla, en posición de oración, se humedecen con la llegada del llanto silente. Reflexiona sobre qué la ha traído a la basílica una vez más. Intenta valorar si es positivo seguir viniendo siquiera; se ha convertido en su única actividad de ocio. Confinada en casa por unas rodillas destrozadas que solo usa para limpiar tres pisos durante un total de doce horas a la semana, el templo es el único

lugar que se permite pisar aparte de estas tres jaulas que replican su condena “laboral” *ad eternum*.

Las señoras le pagan en “b”. Y así lo han hecho siempre, desde que empezó a trabajar en este país. Al principio, le urgía traer a sus hijos desde Colombia, por lo que todo el dinero que pudiera reunir era mucho más prioritario que cotizaciones y otras cuestiones fiscales. Después, una vez estuvieron con ella, había que alimentarlos, vestirlos y darles una educación. Así, la necesidad de dinero líquido opacaba futuribles poco halagüeños. Y ahora, ya con todo el pescado vendido, la artrosis, la depresión crónica y las consecuencias de años sometida a cualquier tipo imaginable de violencia, le han obligado a reducir su jornada laboral a doce horas a la semana. Esto le reporta lo justo para comprar la comida que consumen ella y sus dos hijos. Del alquiler, afortunadamente, se ocupan ellos. No hay bajas, no hay vacaciones remuneradas, no hay desempleo, no hay pensiones y no hay jubilación. Hay, en cambio, muchas ganas de quitarse de en medio.

Suele pensar en sus vástagos, rendida como está en estos momentos sobre sus maltrechas rodillas. Las punzadas de dolor que le suben por los muslos y acaban por encalambrarle las caderas son más llevaderas si recuerda sus rostros benditos, si los testamenta como beneficiarios directos de sus plegarias. Pero en algunas ocasiones no encuentra a quién elevar sus rezos.

La enésima golpiza de su marido mató al dios que su abuela le dejó en herencia. Diosito bendito, su señor y salvador. Padre, hijo y espíritu santo. Padre ausente, hijo único consentido y espíritu torcaz más frágil que sagrado. Ese dios, el mismo que tuvo las pocas agallas de sacrificar a su hijo en lugar de enfrentarse él mismo a sus propios problemas, no le era ya válido. Ciertamente era difícil resistirse a la seducción de lo *kitsch* y lo *camp* insinuándose en las imágenes que emulaban a Cristo, pero ella ya había hecho cayó tras tanta iglesia. Si dios fuera una mujer, jamás habría obrado de manera parecida con su hijo.

Tuvo que edificar una espiritualidad nueva entre productos de limpieza. La lejía se convirtió en su agua bendita, un brebaje más aciago que el que encontraba en la pila bautismal, pero con un poder purificador infinitamente superior. El estropajo se transubstanciaba en cada servicio en el cuerpo del nuevo dios hecho carne. El vino siguió siendo vino, este elemento tenía un carácter primordial en sus liturgias.

No pudo erigir su templo en su propia casa, puesto que en ella moraba el demonio. Un demonio que su anterior fe solía denominar *pater familias* (no confundir con Lucifer). De manera que hizo de la sala de observación del hospital su santuario. Después de los grandes apaleamientos, los más memorables, ayudada por los calmantes inyectados en vena, le parecía alcanzar cierto grado de misticismo en estos no lugares. Eran sitios efímeros, en los que la gente no solía pasar más que una noche; carentes, a causa de dicha fugacidad, de cualquier elemento personalista. Sin embargo, que se lo pregunten a Santa Teresa, una no escoge dónde le va a venir su éxtasis. Probablemente, la seguridad de tenerlo lejos, arrepentido y culpable, le permitía fantasear con la idea de que quizás esta vez tardaría más tiempo en repetirse que la anterior. Era entonces cuando su alma se fusionaba con la de la deidad suplente y ésta le mostraba las caras tranquilas de sus hijos, sin un atisbo de miedo en los ojos.

Un día de febrero de 2012, el diablo doméstico, que aparte de esforzarse en construir un infierno en el que “acomodar” a su familia también se esforzaba en sacar beneficio del tráfico de sustancias ilegales, ingresó en prisión. En ese momento, Jeanette arrancó de cuajo a ese otro dios de sus fregonas.

Desamparada, quedó viuda y virgen, sin quedar ninguna de las dos cosas. Las primeras noches se arropaba con la añoranza prendida en aquellas sábanas que todavía olían a él. Despertaba desnortada, no por su ausencia física en el lecho, que dejó de ser

extraña hace ya unos años; sino porque de repente se encontraba amnistiada de la tangibilidad de la violencia que enraizó en su corazón.

Llegó a echar de menos las humillaciones. Pero tan solo eran excrementos vertidos por la impotencia y la frustración de él, que hacían de ella un chivo expiatorio de sus múltiples faltas, complejos y bajezas. Se odiaba por no haber sabido mantener a un padre para sus hijos. También por haberlo mantenido.

Se odió por añorar sus golpes. Después, por haberlos permitido. Se sumió en un entramado de emociones esquizofrénicas que la convirtieron algunas noches en la mayor de las verdugas, asesina de las esperanzas de su familia y cómplice del internamiento en prisión de su esposo. Otras noches, en cambio, lloraba bajo sábanas que olían ahora a sus propios flujos, robados por él entre forcejeos y gritos ahogados por sí misma para no despertar a los niños.

El verano vino a secar su pena. Una mañana de julio, mientras acompañaba a sus pequeños a la piscina, cayó en la cuenta de que llevaba varios días sin mojar sus noches. La omisión del padre había cristalizado. Otro dios que se esfumaba. Los hijos lo habían asumido con menos dificultades que ella; le sacaban meses de ventaja. No les costó acostumbrarse a la tregua que parecía haberse firmado en casa. En cuanto a echarlo de menos, ya lo veían poco antes de la cárcel.

Se convirtió entonces al politeísmo. Con ocho y seis años respectivamente, sus críos eran dioses venerados por una madre que no fue capaz de concebirlos virgen. He aquí su oración:

*Dioses te salven, Jeanette, llena eres de traumas; el señor ya no es contigo.
Bendita tú eres, como todas las mujeres, y benditos son los frutos de tu vientre*

maculado. Sacra Jeanette, madre de dioses, ruega por nosotras, maltratadas, ahora y en la hora de nuestra liberación, amén.

Durante su periplo como madre de dioses, se vio obligada a sostener su fe con su propia vida. Era un trabajo muy cansado tener que sacar adelante durante tantos años la razón de tu propia existencia. Materialmente hablando. A nivel emocional, la verdad, ni se permitía valorarlo.

Años más tarde, el marido salió de prisión. Se las apañó para saltarse el tercer grado a cambio de volver a Colombia. Y también para tener una hija con otra mujer mientras estaba recluido, con las que se fue de vuelta a Latinoamérica.

Jeanette ahora está cansada por múltiples razones. Pero la razón que más le agota es la de amamantar a sus dioses. Ellos le siguen exigiendo terrenalidad, mientras que ella lleva más de media vida esperando su ascensión. En el fondo, aunque no lo admita, es por eso por lo que viene al templo. A encontrar consuelo aquí donde mora la santidad que promete envolverla en el descanso más azul imaginable. En el fin, Diosa.